mun opinion con la protesta al principio, de que semejantes elogios no los autoriza la Iglesia Romana, y que su autor es el responsable»: supuesto, digo, este Decreto, con la reverencia debida protesto, que ni yo admito, ni quiero que admita nadie cuanto refiero en este libro, sino como suelen admitirse las cosas que se apoyan en autoridad humana y no divina de la Iglesia, escepto aquellas que la misma Iglesia ha declarado.

JUAN MARCIANO,
de la Congregacion del Oratorio de Nápoles.

VIDA DEL GLORIOSO PADRE

Y PATRIARCA

SAN FELIPE NERI,

Fundador de la Congregacion del Oratorio.

CAPÍTULO PRIMERO.

Patria, parientes y nacimiento de S. Felipe; su educacion y primer viaje á S. German, y despues á Roma.

En la ciudad de las flores, la hermosa y amena Florencia, cual lirio purísimo por su perpetuo y virginal candor, nació Felipe Neri en 21 de Julio del año 1515, en el momento en que el sol entra en *Leo,* ocupando la Cátedra de S. Pedro Leon X, que fué feliz pronóstico de que el recien nacido infante debia como generoso leon no solo aterrar sino ven-

cer á los fieros monstruos del infierno con el rugido de sus predicaciones. Pusiéronle en la sagrada pila el nombre de Felipe, heredado de su abuelo, ó mas bien destinado á él en los secretos consejos del cielo, para que con su significado indicára desde luego que aquel niño, como antorcha resplandeciente, debia iluminar con su luz no solo su patria, sino el mundo todo, pues que Felipe se interpreta comunmente *os lampadis;* y como dijo el Crisólogo : *Nomina ipsa sæpe Sanctorum merita indicant, testantur insignia.* Compitieron la naturaleza y la gracia, digámoslo así, en colmar de sus dones á Felipe. La primera le dotó de noble y perspicaz ingenio, de un natural benigno y tratable, de buena complexion corporal y de una dulzura y atractivo admirable en la conversacion : la segunda le infundió aun en la niñez una maravillosa propension á las cosas divinas, la inclinacion á orar y recitar salmos y un deseo estraordinario de oir la palabra de Dios; le adornó con una modestia singular, y le infundió una estremada consideracion hácia sus mayores : virtudes que en la edad pueril generalmente se

reunen solo en aquellos á quienes la gracia por favor especial destina para grandes cosas. Aun en la edad mas tierna se manifestó siempre reverente con los mayores, obsequioso con los iguales y cortés con los inferiores; y así fué que por su índole bondadosa, y por la pureza y candor de sus costumbres se adquirió el sobrenombre de *bueno*. Ayudó no poco á conservar estos dones que la naturaleza y la gracia concedieron á Felipe, la buena educacion que le dieron sus padres Francisco Neri y Lucrecia Soldi, que pertenecian á una de las nobles familias de Florencia, dedicándole en edad conveniente no solo á los estudios de la gramática y la retórica, en los que hizo admirables progresos adelantándose á todos sus condiscípulos; sino haciéndole frecuentar la iglesia de S. Marcos de los PP. Predicadores, con lo que pudo recibir fácilmente de aquellos grandes maestros de cristiana perfeccion y letras los primeros rudimentos de la devocion y las primicias del espíritu. Correspondió el mancebo á los cuidados de sus padres, honrándolos y obedeciéndolos y sin darles jamás motivo de disgusto : pues aunque una vez le reprendió

su padre porque separó ligeramente de su lado á su hermana Catalina que estaba distrayéndole mientras recitaba no sé qué santas oraciones con su otra hermana Isabel, lloró con amargas lágrimas su falta, si tal puede llamarse el alejar las ocasiones de distraccion y perturbacion cuando se habla con Dios. El otro hermano que tuvo Felipe, llamado Antonio, murió en la flor de su edad.

Las insinuaciones de su madre eran para él inviolables preceptos; por lo que si le decia que se estuviese quieto en un sitio, haciéndose voluntariamente prisionero inmóvil, aunque sin cepos ni cadenas permanecia en él hasta tanto que la voz de aquella le daba libertad: tanto la respetaba y obedecia. Pero no solo á su madre obedeció de este modo, sino lo que es mas, habiendo fallecido esta y contrayendo su padre segundas nupcias, amó y obedeció á la madrastra tanto como á la madre. Correspondiale ella singularmente, admirando una virtud tan rara en su corta edad y venerando en él su santidad prematura, por lo que no solo desmintiendo el ser madrastra lloró amargamente su partida de Florencia cuando por

órden de su padre se trasladó, como dirémos, á S. German; sino que cayendo esta en cama con la última enfermedad, ya próxima á terminar sus dias, repetia sin cesar su nombre, para endulzar con él y con la memoria de sus suaves y santas costumbres la amargura y angustia de la muerte.

Pero si su bondad le granjeaba el amor de quien con él trataba y particularmente de sus parientes, le conciliaba incomparablemente mas el del cielo. No habia cosa que él pidiese en su inocente edad que el Señor no se la concediese propicio: así fué que habiéndosele caido una vez en la calle una cadena de oro, y en otra ocasion no sé qué lio que llevaba bajo el brazo, encomendándose á Dios los encontró al punto, aunque bastante lejos de donde él creia que se le habian caido. Mirábale el cielo como cosa suya, y por esto le libraba de los peligros: cayó siendo niño debajo de un jumento en el patio de la casa, pero salió ileso de la caida, mientras le juzgaba estropeado ó casi muerto una mujer que corrió á favorecerle. Siendo ya adulto, y llevando en una ocasion pan á un pobre vergonzante,

cayó en un foso cual otro Abacuc, y le sacó de los cabellos un Angel enviado del cielo. Creciendo poco á poco en edad, crecia tambien y á pasos agigantados avanzaba en la virtud; por lo que tan jóven en años como viejo consumado en la perfeccion, ardia en deseos de padecer por amor de su Dios: sentimientos y ardor que apenas se conservan bajo las cenizas de la vejez. Postrado con una ardiente fiebre en el año décimo quinto de su edad, sufrió con tanta paciencia y alegría aquella molestia, y con tal superioridad de ánimo, que no solo no se quejó, sino que con silencio artificioso disimuló tan bien su enfermedad, que la ocultó, digámoslo así, aun á los mismos de la casa. No fué menor la constante serenidad con que vió incendiada la casa de sus padres con no pequeña pérdida de sus intereses; y finalmente despreció siempre de tal modo cuanto aprecia el mundo, que habiéndole ofrecido el árbol genealógico de su familia, en donde estaban los nombres de sus progenitores, le hizo pedazos, no deseando otra cosa sino que su nombre se escribiera en el libro de la vida.

Pero ya trataba Dios de separar, cual nuevo

Abraham, de la patria y de la casa paterna al que debia de ser padre de tantos hijos. Tenia él un tio, hermano de su padre, llamado Rómulo, que habiéndose trasladado á S. German en el reino de Nápoles, llegó á ganar con su comercio una suma de mas de veinte y dos mil duros. Allí, pues, le destinó su padre, para que bajo la direccion del tio se dedicase al comercio, y para que despues le heredára, pues no tenia hijos. Por obedecer salió Felipe de Florencia á la edad de diez y ocho años, y llegó á S. German en donde le acogió Rómulo con amor, correspondiéndole él con su bondad, respeto y obediencia. Sin embargo, mal podia atender al comercio terreno y á las ganancias mundanas aquel á quien destinaba el cielo para ganar almas y para comerciar en riquezas espirituales, únicas en que encontraba Felipe todo su gusto.

En la antigua y noble ciudad de Gaeta, situada cerca de S. German, existe entre las hendeduras de un monte que segun remota tradicion se abrió cuando la muerte del Salvador, una capilla dedicada á la santísima Trinidad, donde se adora un célebre Crucifijo:

este era, pues, el fecundo mercado que frecuentaba Felipe para negociar riquezas del cielo. Entre aquellos durísimos peñascos que se ablandaron en la muerte del Redentor se conmovia dulcemente el corazon del santo jóven, y á la vista de su Señor crucificado, suspendido, desnudo y elevado sobre aquel madero se sentia fuertemente atraido á seguir á su Maestro, y renunciando las riquezas y lisonjeras esperanzas que le prometia el siglo deseaba separarse enteramente del mundo. Las celestiales dulzuras que gustaba como de paso entre los santos horrores de aquel abierto monte, le invitaban á hacer vida de ermitaño, para perpetuar de este modo sus dulcísimos consuelos. Resolvió por tanto volver enteramente la espalda á aquellas riquezas que jamás tuvieron lugar en su generoso corazon, y abandonar de una vez el comercio del mundo para trasladarse á Roma, en donde podria determinar el género de vida que debia abrazar. Conociendo su tio lo que proyectaba trato de disuadirle con varias ofertas; pero el santo jóven le dió las gracias por todo, y despidiéndose de él, emprendió seguidamente

su viaje hacia la Capital del orbe cristiano.

Partió, pues, Felipe de S. German; pero no se alejó de su Señor crucificado, pues además de tenerle presente en su memoria, ejercitándose de continuo en la meditacion de su Pasion, quiso llevar siempre consigo, como llevó en efecto, un Crucifijo de bronce separado de la cruz, para poder mejor desahogar con él los tiernos afectos de su corazon. Cuáles y cuántos fueron estos se verá mas cómoda y oportunamente en el curso de esta historia.

CAPÍTULO II.

Llegado Felipe á Roma se dedica á instruir no menos en las costumbres que en las letras á dos jóvenes: despues aprende él mismo la filosofía y teología, y por último abandonando toda otra ciencia se consagra enteramente al estudio del Crucificado.

Habiendo entrado Felipe en el año 1533, en Roma, ciudad que le destinó Dios para su perpétua estancia en la tierra, y dilatada viña que el Agricultor divino le señaló para que cultivase con su trabajo y regase con sus su-

dores; pasó á casa de Galeoto Caccia, patricio florentino, á quien acaso conocia de antemano, el cual prendado de la modestia del santo jóven y de la virtud y santidad que manifestaba aun en su rostro, le admitió en su casa, le señaló un pequeño cuarto y mandó, (pues conocia su necesidad por haber renunciado la herencia del tio) que se le diera una cierta cantidad de trigo cada año, que entregaba Felipe á un molinero para que le diese todos los dias un pan con que poder sustentar escasamente la vida. Y aunque los de la casa solian guardarle alguna parte de su comida, él sin embargo se bajaba al patio contento con su pan, al que añadia alguna aceituna ó bien algunas yerbas, y con agua pura que sacaba del pozo templaba un poco su sed; verificándose mas de una vez que por tres dias enteros se abstuvo enteramente de toda clase de alimento, por lo que parecia que superior á la naturaleza, ni el hambre ni la sed le molestaban. En su reducida habitacion, que se habia encargado de amueblar su voluntaria pobreza, no habia mas que algunos libros y una estrecha cama, y sin embargo parecia que respiraba

devocion y santidad. En ella, separado enteramente del trato de los hombres y entregado á la oracion, en la que pasaba las noches enteras, observaba en medio de Roma una vida de anacoreta.

Pero para que no pareciese que abusaba de la caridad de Galeoto, siendo como era sumamente agradecido, quiso dar con santa usura á su bienhechor una paga incomparablemente mayor que el favor que recibia. Para ello se encargó voluntariamente de la enseñanza de dos hijos que tenia aquel: conciliando así el no faltar á la gratitud hácia su bienhechor y agradar al mismo tiempo á su Dios poniendo á aquellos jóvenes en el camino de la virtud. Cuáles fuesen los adelantos que estos hicieron bajo la direccion de tan gran maestro fácilmente puede comprenderse como lo demostraron los resultados; baste decir que en breve llegaron á parecer Angeles mas bien que hombres, por el candor de su alma y la inocencia de sus costumbres. Estas fueron las afortunadas primicias que recogió el seglar y santo jóven, y los cuales sin duda alguna pueden llamarse los primogénitos entre tantos hijos

espirituales como tuvo despues en el discurso de su vida.

Animado del mismo santo fin de ser útil á los demás, juzgó Felipe que debia dedicarse á los estudios mayores de la filosofía y teología; pues que la virtud y bondad de la vida con el apoyo de las letras tuvo siempre mayor fuerza y atractivo para dirigir y ganar las almas á Jesucristo. Bajo la direccion pues de Alfonso Ferro y de César Jacomelli, que de la cátedra pasó á la silla episcopal de Belcastro en Calabria, hizo tales progresos en la filosofía, que se igualó á los primeros estudiantes que habia en Roma. Despues aprendió con los PP. Agustinos la sagrada teología, pero con tal profundidad, que en su vejez discurria en sutilísimas cuestiones como si acabase entonces de estudiarlas : cosa que admiraba aun á los mas célebres teólogos de aquella época, como fueron los PP. Fr. Ambrosio de Bañuelo, que despues fué obispo de Nardó, y Fr. Paulino Bernardini, del sagrado órden de Predicadores, los cuales se admiraban de oirle hablar con tanta facilidad. Sin embargo, como que siempre procuró ocultar

cuanto tenia en sí de bueno y de plausible, rara vez hablaba de materias escolásticas; y solo para conciliarse el afecto de sus hijos dedicados al estudio disertaba sobre ellas, juzgando que así promovia mas fácilmente la piedad cristiana; pero siempre habia de exigirlo la ocasion y la conveniencia, y aun entonces lo hacia con tanta solidez y naturalidad que Alejandro Sauli, obispo de Pavía y otro prelado muy docto hubieron de confesar que no era menos grande en las letras que en la santidad, no habiendo faltado quien juzgase infusa su ciencia, mas bien que adquirida. En la teología se confesó siempre discípulo de santo Tomás, cuya *Suma* no soltaba de sus manos, diciendo «que en la leccion de los libros de los demás Santos se encontraba el espíritu, pero que en la *Suma* de santo Tomás se encontraba lo florido del espíritu.» Fué muy versado en la sagrada Escritura, que no solo leia frecuentemente, sino que meditaba con detencion, penetrando en sus mas ocultos sentidos, por lo que con gran provecho de quien escuchaba se servia, segun las ocasiones, de las eficacísimas sentencias de

aquella. En su juventud no fué enteramente ajeno á la poesía tanto latina como vulgar, y en esta compuso escelentes versos, en los que siempre campeó no solo la modestia, sino la piedad de quien hizo esclavas á las musas. Pero lo que mas admira es que estando dedicado al estudio, no abandonó ni un instante sus ejercicios de caridad y de devocion, antes bien frecuentaba entonces mas que nunca los hospitales de Roma, sirviendo con solícito amor á los pobres enfermos, é iba al átrio de las sagradas basílicas, para enseñar á los jóvenes pobres los rudimentos de la fe. Jamás la ocupacion de sus estudios le embargó el ejercicio de la voluntad; y en medio de las sutilezas escolásticas en que estaba embebido su entendimiento, sabia dar devoto pábulo á sus tiernos afectos, hasta el punto de observársele cuando estudiaba teología que no podia contener las lágrimas y los suspiros siempre que fijaba sus ojos en una imágen de Jesus crucificado que habia en el aula. Terminada la sagrada teología, en la cual habia hecho tan grandes progresos como hasta ahora hemos visto, le pareció oportuno, segun el consejo

del Apóstol, interrumpir todos los demás estudios para hacerse discípulo del Crucificado. Hízolo así con efecto, y despues de vender los libros, cuyo producto dió á los pobres, se entregó enteramente á la oracion pasándose en ella los dias enteros sin interrumpirla á veces en cuarenta horas seguidas, en las que desfallecia el santo jóven entre ardores seráficos; mas no pudiendo soportar la abundancia de gracias que Dios derramaba sobre él, se veia forzado á caer en tierra, y sintiéndose fuertemente abrasado en el sagrado fuego del amor divino, para templar tan fervoroso ardor le era preciso descubrirse el pecho, exhalar amorosos suspiros ó buscar á todo trance otro medio que pudiera en algun tanto aliviarle. Muchas veces el mismo fuego hacia correr de sus ojos dulcísimas lágrimas de devocion, que sin embargo de ser copiosas encendian mas bien que estinguian la ardiente llama del santo amor que le abrasaba el corazon. A la oracion, segun el consejo y práctica de todos los Santos de la Iglesia, unia la mortificacion del cuerpo: siendo muy cierto que cuando este se regala con delicias, ó se entorpece con ali-

mentos, abatiendo el alma con su peso, no permite que se eleve á Dios en la oracion; por cuya causa no solo le negaba toda clase de recreo, aunque fuese honesto, sino que le afligia cotidianamente con disciplinas y le privaba aun del descanso necesario, dedicando al sueño poquísimas horas y esas no en otro lecho que sobre la desnuda tierra: castigando así cual otro Bautista la carne inocente que jamás se reveló contra el espíritu. Habiéndose retirado del trato de los hombres iba todas las noches á las catacumbas de S. Sebastian, y en ellas entre las sagradas cenizas de los invictos campeones de la fe que allí reposan, no solo conservaba, sino encendia mas y mas el fuego de su caridad. Cuáles y cuán ardientes fuesen sus oraciones, y cuántas las mortificaciones que se imponia en aquellas oscuras grutas, de todo punto nos son desconocidas; pero en cambio dia llegará en que las hagan públicas aquellos mismos restos, que fueron testigos de ellas, cuando unidos á sus gloriosas almas resuciten inmortales. Aunque por diez años su vida pasó desconocida, como sepultada en aquellos sepulcros triunfales, sin

embargo no era enteramente ignorada de los hombres; por lo que el P. Fr. Francisco Cardone de Camerino, entonces maestro de novicios en la Minerva, para animar á sus jóvenes á que abrazasen un método de vida estrecha y retirada, les proponia á Felipe por modelo, tanto mas eficaz cuanto que vivia aun, diciéndoles: «Felipe es un gran santo, y entre sus acciones heróicas se cuenta el haber vivido por diez años en Roma en el cementerio de Calisto.»

Pero no permitió la piedad de los fieles que quedase sepultado entre aquellas sombras el recuerdo de su detenida y santa permanencia en aquel sagrado lugar: y así es que en la célebre iglesia de S. Sebastian, ya citada, se vé la imágen del Santo de mano de un devoto pintor, con la siguiente inscripcion: *Cæcus hic loci squallor, et illustri Martyrum sanguine adhuc stillans, at S. Philippi Nerii longo decem annorum domicilio illustrior, quem dum ipse inhabitaret, adeo affluente de cœlo divinæ dulcedinis copiâ recreatus est, ut undique exuberante amoris vi, velut impotens supereffundentis se gaudii clamaret subinde*

peteretque, ut cessaret tantus lætitiæ æstus, quem mortalis angustiæ pectoris non caperent. Ne igitur inter hæc illustria martyrum monumenta tanti viri vetustas aboleret nomen, testatissimum hoc erga ipsum pietatis monumentum positum est anno Jubilæi MDCL.

Viendo lucifer aquella vida angelical y mas que humana, y temiendo que la llama que se fomentaba entre aquellas cenizas, y que cada vez tomaba mas incremento, comunicaria un dia á Roma su luz y sus celestiales ardores, y que saliendo de aquellas grutas para convertir almas el generoso leon, que lanzaba fuego de los ojos y llamas de la boca, le arrancase la presa que tenia encadenada en los lazos de la culpa; lleno de envidia y desden pensó, aunque en vano, aterrarle con sus amenazas, para impedirle que fuese á aquel lugar. Una noche, pues, cuando se aproximaba haciendo oracion á las catacumbas de S. Sebastian (pues los siervos de Dios, aun caminando por la tierra se elevan al cielo en alas de la oracion), se le presentaron tres demonios en horribles y espantosas figuras. Mas Felipe, como valiente soldado de Cristo, sin dar señales de

temor y despreciando aquellas sombras infernales, prosiguió su camino orando como acostumbraba; viendo lo cual los soberbios espíritus, perdida toda esperanza, desaparecieron avergonzados por su derrota: si bien no por esto dejaron de molestarle en lo sucesivo, aunque siempre salieron despreciados y vencidos. Hallábase en otra ocasion el Santo próximo á las Termas de Diocleciano yendo á visitar la iglesia de santa María de los Angeles, y alzando sus ojos vió sobre una de aquellas antiguas paredes un demonio, que cual otro Protéo mudaba de forma y figura, apareciendo ya jóven, ya anciano, bajo el aspecto de una mentida belleza, ó bajo el de bruto. Conociendo Felipe que aquel espíritu maligno queria burlarle, invocó el auxilio divino y le mandó que al punto desapareciese; á cuyo mandato no pudiendo resistir, huyó dejando infestado el aire de un hedor infernal; lo que se verificó otras muchas veces, tratando el demonio de mortificarle aunque fuese ligeramente. Habiendo el Santo mandado al P. Juan Antonio Lucci, que conjuraba á una endemoniada, que para mayor desprecio diese de latigazos al

demonio, este para vengarse de la injuria, como padre que es de la soberbia, se apareció la noche siguiente á Felipe bajo una forma horrible; pero al fin viéndose obligado á huir, lanzó de su asquerosa boca un hedor intolerable, que por mucho tiempo duró en el cuarto. Este irresistible olor era las mas veces como el del azufre, y en algunas ocasiones no solo lo percibia el Santo, sino los demás que entraban allí. Sin embargo, de él se servia Felipe como de una arma contra el demonio mismo; pues habiendo puesto una mañana la mano, segun suelen los sacerdotes, sobre una energúmena, le quedó impregnada de un olor tan repugnante y fuerte, que por mas que se la lavó con jabon y otras pastas olorosas, le duró por muchos dias; y el Santo á propósito acercaba su mano á la nariz de los penitentes, para que por aquel hedor aborreciesen el pecado, y les recordase que entre las demás penas está reservada en el infierno tan horrible corrupcion. Otros muchos insultos y molestias recibió Felipe de los espíritus malignos en el discurso de su vida, quedando siempre victorioso de todos ellos: parte de los

cuales referirémos pronto, omitiendo los demás en obsequio de la brevedad.

CAPÍTULO III.

Mientras pedia Felipe al divino Paráclito que le comunicase sus dones, vé un globo de fuego que dirigiéndose á su boca se abre camino hasta el pecho: rómpensele dos costillas, y empiézale con maravilloso movimiento á palpitar el corazon.

Llegado ya Felipe á la edad de 29 años, y habiendo perseverado, como hemos visto, en una vida celestial mas bien que terrena, todo su anhelo consistia en avanzar mas y mas en la perfeccion y gracia de su Dios. Aproximábase, pues, la pascua de Pentecostes, y con humildes y vehementes ruegos suplicó al divino Espíritu (de quien era tan devoto que, siempre que se lo permitia la rúbrica, decia en la misa á honra suya la oracion *Deus, cui omne cor patet*, etc.), que se dignase concederle sus dones; cuando hé aquí que vió un globo de brillante fuego, el cual llegando á sus labios, fué á depositarse en su pecho, co-